

ESTRENO EN EL TEATRO MARTIN DE EL DECIR DE LA GENTE LA SOCIEDAD EL TEATRO



ESCENA FINAL DE LA OBRA EL DECIR DE LA GENTE, DE LOS SRES. MIHURA, GONZÁLEZ Y MAESTRO PADILLA

En el teatro Martín de esta corte, que indudablemente está de suerte, han estrenado hace pocos días los Sres. Mihura, González y maestro Padilla un sainete titulado *El decir de la gente*, que tiene sobrados elementos para justificar el entusiasmo con que lo aplaudió el público.

La obra es, por sus personajes y por los lugares de la acción, netamente madrileña.

La Sociedad artística *El Teatro* ha celebrado en el de la Comedia la función inaugural de la temporada presente, séptima de las que lleva realizadas tan notable agrupación. El cuadro activo representó admirablemente *La escuela de los maridos* y *La revoltosa*, siendo calurosamente aplaudido.

La falta de espacio nos impide reseñar esta función con la extensión que merece.



UNA ESCENA DE LA ESCUELA DE LOS MARIDOS, REPRESENTADA POR LA SOCIEDAD EL TEATRO

Fots. R Cifuentes

EL TENOR FEDERICO CARASA

De este Caruso español— ¡hasta en el apellido hay alguna coincidencia!— á quien el público de San Sebastián, del cual formaba parte mucha gente de Madrid, aplaudió con loco entusiasmo este verano; de este joven artista que hoy se le disputan el Metropolitano y el Manhattan, de Nueva York; de este cantante extraordinario que viene á renovar glorias que un día el inmortal Gayarre ofrendó á su madre patria; de Federico Carasa, en fin, tenemos que contar algo que siendo *viejo* va á resultar *nuevo*.

Hace ahora siete años, el hermano de EL TEATRO, *Blanco y Negro*, abrió un concurso que consistía en un plebiscito para saber á quiénes designaba el público con su voto como mejor literato español, como mejor músico, como mejor pintor, como mejor escultor, como mejor político, como mejor general y como mejor torero. Este concurso fué análogo al que ahora ha anunciado nuestro también hermano *Los Toros*.

Del escrutinio resultaron proclamados Echegaray, Bretón, Sorolla, Benlliure, Sagasta, Weyler y Fuentes en sus respectivas profesiones.

Para adjudicar el premio se hizo un sorteo entre los votantes que habían coincidido en designar aquellos nombres. La papeleta que resultó favorecida en la extracción tenía esta firma: *Federico Carasa*, y este pie: *San Sebastián.—Calle de San Marcial, núm. 8, cuarto principal.*

Publicó *Blanco y Negro* la papeleta, el retrato de Carasa y unas declaraciones que le pedimos para que explicase el por qué de su predilección por las personalidades que había votado.

Y he aquí por qué conocemos la manera de pensar del entonces modesto escribiente de la Compañía anónima de seguros El Norte y hoy eminente artista aclamado en los teatros de Londres y de Nueva York.

Uno de los sostenes de su familia—él mismo nos lo dijo—nacido en San Sebastián, hijo de un humilde tendero de ultramarinos, tenía verdadera voca-



ción para leer periódicos ilustrados.

Votó á Sagasta como el mejor de los políticos. Ya sabemos, pues, que Carasa es liberal.

Votó á Bretón como músico. Pero explicó por qué. "Porque es el músico español de más renombre que formó parte del Jurado en el concurso musical celebrado en San Sebastián y además por ser el defensor más resuelto de la creación de la ópera española." Puede que por lo mismo que ya es músico y canta música italiana, alemana y francesa, haya cambiado de parecer.

Votó á Weyler, ¿por qué dirán ustedes? No sólo por lo que había hecho en Cuba, sino por sus ideas económicas... De modo que con el dinero que ya empieza á ganar Carasa y con Weyler como patrón económico, el joven tenor es archimillonario á la vuelta de pocos años.

A Benlliure le votó por ser el autor del mausoleo de Gayarre. Aquí se inició ya su inclinación. ¿Será el sucesor de aquel coloso paisano suyo?

A Sorolla, por pintar la verdad, y á Fuentes porque *Guerrita* se había cortado la coleta. Y porque *Bombita* no era entonces lo que es hoy, se puede añadir sin riesgo de rectificación.

¿Que nadie es profeta en su tierra? Sí, señores; *Blanco y Negro* lo fué porque dijo:

"*Blanco y Negro*, que se felicita por el resultado que ha obtenido su concurso, se congratula también de que su modesto premio haya correspondido en suerte á un joven que por sus cualidades morales, y por su amor al estudio merece, por lo menos, que la suerte complete su obra..."

¿La ha completado? ¡Vaya si la ha completado! Tenía hermosa voz, y Ángel Trabadelo, el ilustre maestro español que vive en París, ha hecho de él un gran cantante.

Ahora que—en confianza—¿qué de extraño tiene eso? Al fin y al cabo, ¿no es la labor de un Ángel? Lo afirma otro.

No hay mas que leer los periódicos norteamericanos que hablan de este novel artista.

ARTISTAS DEL REAL



ROSINA STORCHIO



ELENA RUSZKOWSKA



GEMMA BELLINCIONI



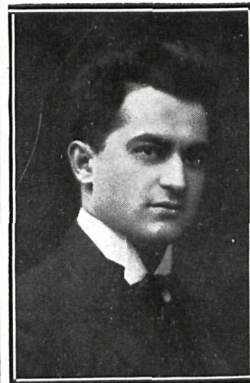
ELISA PETRI



MATILDE DE LERMA



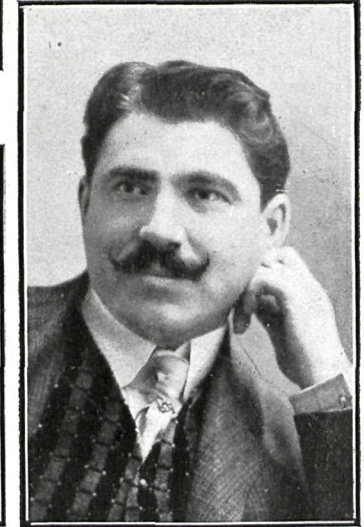
ANGELO MASINI PIERALLI
BAJO



GIUSEPPE TACCANI
TENOR



RICARDO STRACCIARI
BARÍTONO



FRANCESCO FAZZINI
TENOR

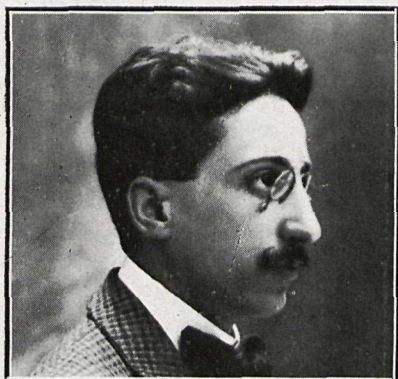
Estreno en Barbieri de El barranco de la muerte.



UNA ESCENA DEL PRIMER CUADRO



UNA ESCENA DEL SEGUNDO CUADRO



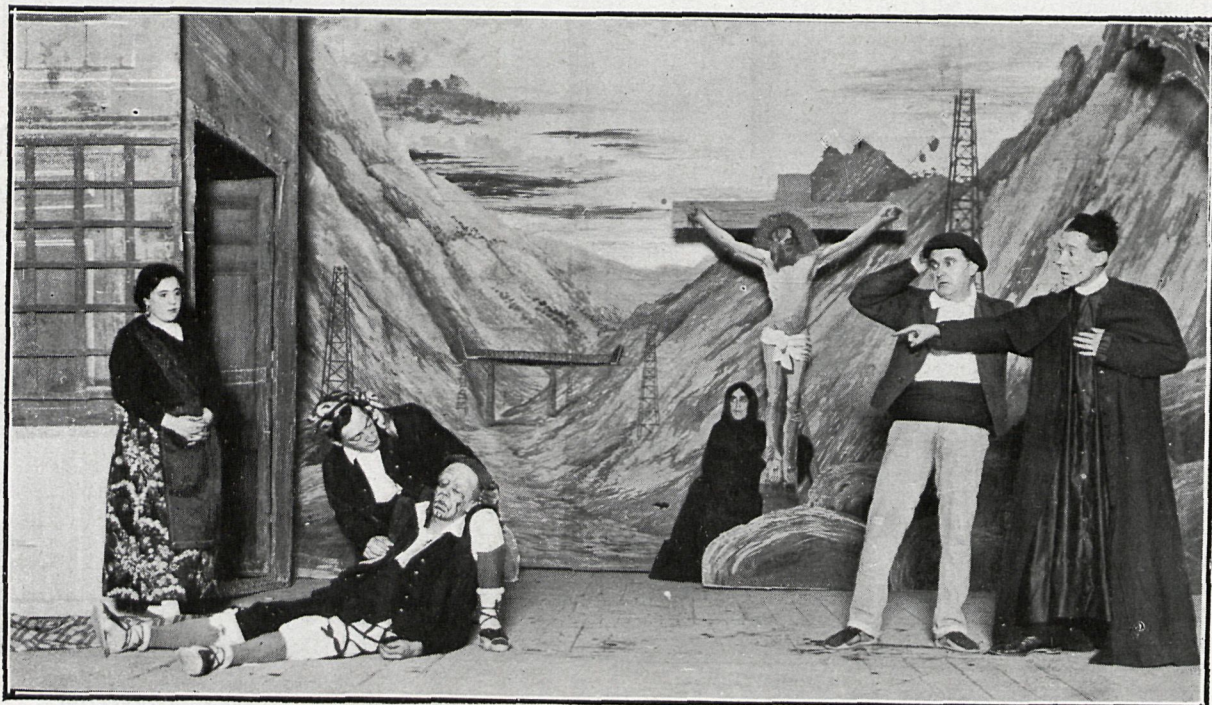
EL MAESTRO ÚBEDA
AUTOR DE LA MÚSICA



JUAN G. RENOVALES
AUTOR DEL LIBRO



EL MAESTRO FÚSTER
AUTOR DE LA MÚSICA



ESCENA FINAL DE EL BARRANCO DE LA MUERTE

Fots. R. Gifuentes



LA SEMANA TEATRAL



ASPECTOS DE LA SEMANA

EL FINAL DE LA ZARZUELA. DOS DEBUTS

En el teatro, donde reina la ficción, las catástrofes de veras impresionan más por el contraste entre lo fingido, que es allí lo ordinario, y aquella violenta realidad que irrumpe en la morada de la farsa. Nos sorprenden y desorientan, como un huésped extraño que está allí fuera de lugar. Así ocurre con el incendio de la Zarzuela que ha destruído en pocas horas uno de los mejores y más antiguos teatros de la corte, originando una multitud de perjuicios particulares.

Todo concurre á rodear de un aura de emoción este siniestro. Primero, lo inesperado del caso, porque las reformas en el alumbrado, en la calefacción y en los servicios edilicios hacen mucho menos frecuentes y temerosos que antes, en las ciudades modernas, los incendios. Todo el que haya vivido largos años en Madrid recordará aquel antiguo aviso de las campanas tocando á fuego, primero por parroquias, luego por distritos y barrios, que nos hacía contar con inquietud las campanadas para saber si estaba próximo ó lejano el siniestro. Ahora, la nueva organización del servicio ha hecho desaparecer aquel toque á rebato que tenía un dejo de costumbres de ciudad antigua, y mucha gente no se entera de los mayores desastres de esta clase hasta que lee el día siguiente los periódicos ó llega á ella el rumor público que corre rápidamente de boca en boca como por infiltración de cualquier novedad sobresaliente. A lo inesperado se junta la legión de recuerdos que ha brotado del humeante solar de la Zarzuela. Los bailes bulliciosos en que el amor venal se puso una careta de ilusión, las temporadas brillantes, los triunfos escénicos de otros días y los recientes, el renacimiento de la música nacional en ese tipo de opereta española á que se dió el nombre clásico de zarzuela. Y, sobre todo esto, la nota dolorosa de la pobre mujer quemada, y la menos trágica, pero dramática y doliente también, en esa forma corriente del dolor que no gasta coturno, de los pobres artistas que

se han quedado sin equipaje y sin teatro, sujetos á las eventualidades que suponen estas paradas ó disoluciones forzadas de una compañía.

Las cosas tienen también sus lágrimas, se ha dicho en una de esas frases que quedan grabadas con firmeza lapidaria y duran siglos, porque han hallado la fórmula feliz de un pensamiento ó una emoción. Ante esos pobres oropeles de teatro destruídos por las llamas, sentimos como el poeta latino. Esas cosas tan frágiles, al parecer tan frívolas, que forman el arsenal de Talía, ¡cuántos afanes, cuántas ilusiones, á veces cuántos dramas y dolores íntimos representan, que han puesto en ellas calor de humanidad y de sentimiento y las prestan como un alma! La vida del teatro, que tan brillante y alegre parece por fuera, tiene muchas miserias íntimas, muchas zozobras y luchas, celos feroces, horas de decepción y de desesperanza, humillaciones amargas. La existencia del comediante es una vida intensa, donde el placer y el dolor se reparten más activamente las horas y florecen más largamente que en las existencias burguesas de la generalidad. Si pensáramos en esto, acaso aplaudiríamos siempre en los teatros por malos que fuesen las comedias y los comediantes.

Lo que tiene en el fondo de aventurera y bohemia la vida teatral, la inclina á todo género de contrastes. Hay muchos odios, de esos que andan por el mundo con cara sonriente; pero hay también arranques generosos y fraternidad en las ocasiones. Voluntades caritativas de dentro y fuera del teatro se aprestan ya á remediar alguna parte de los daños del incendio, tendiendo la mano á los más humildes perjudicados.

* * *

Las miserias y contrariedades de la vida artística se habían reflejado, antes de que ocurriera este suceso culminante, en las protestas de alguna parte del público contra una de las artistas de la Zarzuela, protestas que si al producirse parecieron injustificadas á esa gran masa de espectadores que va al teatro sin segunda intención y es ajena á los chismes de entre bastidores, todavía más injustificadas

resultan al examinar friamente sus orígenes y su desarrollo.

Los españoles andamos hace algún tiempo muy nerviosos. Quizá ese pequeño barullo es un síntoma de la electricidad que hay en el ambiente. Mas por poco griegos que seamos, y al presente no lo somos mucho, ¿cómo no extrañarnos de que la belleza sea blanco de gritos y denuestos? ¡Es tan poderosa su seducción, tan fuerte su suave imperio! ¿Qué hubiera sido de Friné entre nosotros? La vemos con la imaginación camino de Alcalá de Henares, lo cual habría sido un feo desenlace y nos hubiera privado de una anécdota llena de armonía helénica, de sol del Atica, entre cuya dorada atmósfera se dibuja una blanca estatua viviente, más grata á los hombres que la austera Themis.

En el fondo de casi todas las cuestiones hay en España un problema de educación. Y la educación que principalmente nos falta es la de la vida colectiva. Desde el Parlamento á los teatros del género chico, la acumulación de seres humanos es un grave peligro para la urbanidad y la sensatez. La atmósfera comicial nos saca de quicio. Personas que individualmente son prudentes y corteses ó por lo menos no faltan abiertamente á la buena crianza, en cuanto entran á formar parte de una multitud pierden el freno y parecen otras.

El incidente á que aludo parece haber tenido por origen una liviana murmuración. Si fuéramos á hacer caso de los murmuradores, la vida se haría imposible. ¿Qué honra hay que no ataquen, qué conducta que no vituperen, qué vicio que no abulten y qué virtud que no nieguen? Concedamos á la flaqueza humana el maligno placer de entretenerse con sus dichos, pero á reserva de no hacerles caso ni entregarles cándidamente nuestra indignación; oyéndoles, en suma, como se lee una historia picante, olvidada apenas se cierra el libro.

Y hay que recabar para los artistas como para todos los que ejercitan oficios públicos expuestos á las miradas de la multitud, el derecho de tener una vida privada, de ser personas, además de ser comediantes, políticos ó escritores. Sujeta á la censura del público, que



debe ser comedida y justa, está la labor artística del comediante; pero su vida, su intimidad no se contrata como la voz ó el talento dramático y es abusivo que pretendamos arrastrarla también á las tablas. Bueno es que los artistas se percaten de ello y defiendan esa intimidad, esa morada interior, mas el público debe respetarla, y tratándose de una mujer tal obligación sube de punto y se impone por los fueros de la caballerosidad y la galantería.

* * *

Fuera de estos episodios adyacentes á la vida teatral y del estreno de *Doña Clarines* que va reseñado aparte, la semana transcurrida de número á número de *El Teatro* no ha sido muy abundante en novedades. Debemos registrar el debut de la nueva compañía de zarzuela que actúa en el circo de Pricce. *La viuda alegre*, que ha tomado carta de naturaleza en nuestros escenarios, reapareció en el del circo, donde había trabajado conocimiento con ella el público madrileño. La compañía presenta un buen conjunto. La tiple Srta. Astorga y el barítono Sr. Beut fueron muy celebrados y obtuvieron sendos triunfos personales, sembrados de repeticiones y aplausos. La zarzuela grande y la opereta van reconquistando al público y le ofrecen horizontes musicales más amplios que los del género chico.

En el Salón Nacional ha hecho su presentación la inteligente actriz Rosario Acosta, que ya en el Ideal Polítilo y en Romea había hecho estimables campañas, demostrando buen gusto en la elección de obras, un uidaño de la *mise en scene* que no se suele hallar en estas compañías; modestas y una vocación dramática y una voluntad de llegar dignas de estímulo y de aplauso. Si Rosario Acosta llega á ser, como yo se lo deseo, una sobresaliente actriz, no lo deberá al azar, sino al perseverante esfuerzo y al estudio que pone al servicio de su aspiración. Variando algo el repertorio, esta simpática artista podrá hacer una buena campaña en el Salón Nacional.

DONA CLARINES

COMEDIA EN DOS ACTOS, POR LOS SRES. ALVAREZ QUINTERO, ESTRENADA EN LARA

La nueva comedia de los señores Alvarez Quintero, estrenada en Lara con general aplauso el

viernes de la semana anterior, me confirma en el juicio, que tengo ha tiempo formado, de que estos celebrados autores son los dramatur-



SÑAS. RODRÍGUEZ Y AIBA

gos por excelencia de nuestra clase media, sus favoritos y los que mejor la comprenden y más se aproximan á su psicología, á sus gustos, á su medida de lo sentimental y á su tipo del ingenio. Esta compenetración hace de ellos algo semejante á un nuevo Bretón de los Herreros, repartido en dos personalidades que, para los efectos del arte, forman una sola.

Como muchas otras obras de los Sres. Alvarez Quintero, *Doña Clarines* vale mucho más por la ejecución que por el pensamiento. Sus autores poseen el secreto del detallismo verista á tal punto, que hasta las cosas raras y anormales parecen verídicas y vivientes en la forma en que ellos las llevan á la escena. Tienen una técnica fácil y segura, mueven con maestría los personajes, saben dar el toque oportuno de la gracia espontánea y juguetona, principalmente de la que dice donaires por boca del pueblo; cuando se lanzan á dar la nota sentimental, quizá no hacen vibrar las cuerdas más recónditas del alma, pero ponen un matiz de suavidad y discreción en los sentimientos más vulgares; huyen siempre de lo chocarrero y lo afectado; tienen un verdadero dominio de la naturalidad escénica. Pedirles además que buceasen en las honduras de las almas y que tuviesen vigoroso nervio dramático sería exigir demasiado á quienes ya reúnen tan singulares dotes. Tales como son, dramaturgos del presente, ligados á un estado de las costumbres y del gusto, sus triunfos son claros, comprensibles y están plenamente justificados. Los señores Alvarez Quintero figuran en-

tre los autores que han aportado más sano y acertado esfuerzo a relativo renacimiento de nuestro teatro.

Tienen además otra fuerza para con el público, su optimismo tan claro y tan comprensible también. Yo en esto discrepo completamente de ellos hasta el punto de creer que echa á perder una comedia tan bella como *El genio alegre* aquel grito de la protagonista: "¡alegrémonos de haber nacido!" que me parece de una inconsciencia irritante, un grito de la naturaleza, el canto de un pájaro que vive en el presente. Pero comprendo que el público ame los desenlaces felices en las comedias y guste de ver pasar por las tablas la carátula y el tirso de la alegría.

* * *

Doña Clarines, ¿es una comedia de carácter?

La acción tiene, indudablemente, por centro un personaje dominante y va encaminada á hacer resaltar la complejión moral de éste; pero ¿hay en la comedia un ver-



SR. PIUGA Y CONCHITA FUZ

dadero carácter? ¿Es un carácter la protagonista? La noción del carácter en la dramática y en general en la literatura, ha variado bastante, como, naturalmente, varían estas cosas, por uso de los autores, más que por interpretación de los tratadistas. *Doña Clarines* no es uno de esos caracteres tipos, como el avaro, la enamora-

da, el celoso, que son personificaciones de una pasión avasalladora y dominante; no es tampoco uno de esos caracteres cómicos en que se cristaliza la sátira de algún vicio ó extravagancia humana. Es un carácter de segundo orden, un ejemplo de ciertas cualidades se-



SRTA. PARDO

cundarias en que lo cómico y lo serio se funden felizmente.

Y á todo esto—preguntará el lector—¿quién es Doña Clarines? Es una señora entrada en años, que tiene la manía de decir ásperamente la verdad á todo el mundo y de mostrarse justa é inflexible. Como su modo de producirse es tan contrario á los convencionalismos que suavizan generalmente las molestias del trato humano, en el pueblo donde vive pasa por loca, los criados tiemblan ante ella y duran pocos días en su casa; su hermano trata de hacerla observar por un médico. Los autores se han propuesto mostrar que en el fondo de aquella aspereza y displicencia hay un fresco manantial de rectitud, moral y de bondad y para ello han urdido una sencilla intriga amorosa.

Con Doña Clarines vive una sobrina suya, huérfana, que se ha enamorado del hombre que todos presumen que ha de ser menos grato á la irascible señora. Es el hijo de un galán que tuvo en su juventud Doña Clarines y que la burló, robándole la alegría y las ilusiones. De aquel desengaño datan su humor adusto y la ofensiva franqueza con que reparte las verdades. Todos los personajes de la comedia prevén que aquellos amores han de encontrar en la ofendida dama una oposición irreconciliable y, sin embargo, el especta-

dor adivina, desde que el conflicto se plantea, que Doña Clarines acabará por humanizarse y que el amor, que todo lo vence, vencerá también aquel carácter voluntarioso y obstinado. En la verosimilitud especial de la dramática, los contrastes, lo inesperado, son lo que generalmente se espera, y la comedia de los Sres. Alvarez Quintero no defrauda esta propensión del público, alimentada por una larga experiencia de dramas y comedias.

El carácter de Doña Clarines no me parece tan inverosímil como ha parecido á algunos. En ningún momento llega esta obra á convertirse en una comedia de figurón. Los supuestos esenciales de este carácter: el desengaño de amor, como antecedente de aquella aspereza que no ha ahogado la rectitud nativa, aunque la dé formas indiscretas y molestas para el prójimo; la franqueza insolente con que la heroína dice á cada paso su sentir, la sagacidad de que da muestras y hasta el enternecimiento final, en que vibra una escondida melancolía de recuerdos, son rasgos que se dan en la realidad, aunque por lo común los tipos semejantes á Doña Clarines modernen algo sus expresiones y no tengan el capricho de que sus criados transmitan palabra



SRES. SIMÓ RASO Y ROMEA

por palabra los mensajes desagradables. Hasta sospecho que Doña Clarines no es un personaje com-

pletamente inventado y que algunos de los pormenores, como el del confesonario, vienen directamente de la observación, de las hablillas que forman en los pueblos la leyenda de cualquier personaje es-



SR. MATA

trambótico ó que les parece tal á las gentes. Las inverosimilitudes que hay en la comedia son de detalle y hubieran podido remediarse fácilmente con variaciones de poca entidad ó introduciendo alguna nueva escena. Acaso los autores no lo han hecho por no complicar la acción desarrollando más los lances episódicos ó por conservar más entera la fuerza representativa del personaje.

A mi juicio, la moraleja de *Doña Clarines* es falsa. No conviene, sin duda, practicar tan exagerado é indiscreto culto á la verdad. La convivencia humana está basada en una multitud de ficciones. Debemos decir lo que pensamos, pero no todo lo que pensamos. La relatividad de nuestro acierto y el respeto que á los demás debemos, nos impone reservas y atenciones. Pero esto no quita ni pone á la bondad de la comedia, que no es ni necesita ser una demostración ni un tratado de urbanidad y buena crianza. A Doña Clarines debemos juzgarla, no como persona, sino como personaje dramático. No es del caso ver si nos agradaría tratar con ella en la vida real, mas de apreciar si merece que la aplaudamos en las tablas.

Entre los personajes de segundo orden hay algunos muy acabados, como la criada vieja Tata; el hermano de Doña Clarines, que